

su vehemencia para reprochar y condenar la conducta de Herodes Antipas. El tetrarca, imitando los ejemplos ímpro de su padre, había repudiado á su mujer, la hija de Aretas, rey de Arabia, para casarse con una princesa de su sangre, Herodías, la mujer de su hermano Herodes Philippo. Esta unión adúltera rebeló á todos los verdaderos Judíos. Juan fué el vengador de la conciencia nacional ultrajada: en nombre de Dios él reprobó á Herodes su crimen.

El tetrarca hubo quizá devorado en silencio la humillación que le infigió el profeta; él era de un espíritu tímido, de un carácter indeciso. Herodías no pudo sufrirla. La imperiosa criatura no tuvo trabajo en hacer del hombre á quien ella había sabido inspirar una pasión ciega, el instrumento de su odio.

Se pretextó, como siempre, la necesidad de velar por el orden público, se fingió ser un peligro en la multitud atraída por Juan: su aserto fué decidido. Era preciso sofocar esa voz importuna. Los soldados de Herodes recibieron la orden de apoderarse de Juan y de llevarle á la frontera de la Perea y de la Arabia, en la fortaleza de Macherous, bajo los montes solitarios y escarpados de Moab.

Concluída su tarea, el hombre de Dios desapareció, dejando á los que deben venir el campo libre; la de Juan está cumplida: los caminos están abiertos, las almas atentas; el Precursor puede callar, Cristo va á hablar y á crear.

LIBRO TERCERO.

EL APOSTOLADO GALILEO.—EL REINO DE DIOS.



CAPITULO I.

LA GALILEA Y EL REINO DE DIOS.

A la noticia de la prisión del Bautista, Jesús abandonó la Judea y se retiró á Galilea, ¹ con la potestad del Espíritu á fin de predicar allí el Evangelio del Reino de Dios. ²

La tradición Judía, desde el destierro de Babilonia, dividió la tierra de Israel en tres regiones: la Judea, la Transjordana ó la Perea, y la Galilea. ³ La Samaria está excluida, los doctores ortodoxos la rehusan los privilegios anexos al suelo sagrado. Sin embargo ellos no la confunden con los territorios paganos. Sus aguas, sus habitaciones, sus senderos, dicen ellos en su ciencia formalista, no manchan al judío fiel y rígido. ⁴

En tiempo de Jesús, esta división estaba consagrada por el lenguaje y la opinión populares. ⁵

¹ Véase el Apéndice A. Cronología general de la vida de Jesús. II. Inauguración del ministerio público en Galilea.

² Mateo, IV, 12; Marc., I, 14; Luc., IV, 14.

³ Shevith., C. 9, 2.

⁴ Talmud Hierosol., Avoda Zara, f. 44.

⁵ Mateo, X, 5; Marc., III, 7.

La tierra de Judá eclipsó á todas las demás. Mientras que la Galilea llevaba el nombre humillante de "distrito de los paganos," la Judea permaneció la tierra santa por excelencia y privilegiada, el asiento de la metrópoli, del Templo y del gobierno, el centro político, nacional y religioso.

La Galilea y la Perea, los países de acá y de allá del Jordán, formaban, desde la muerte de Herodes, una tetrarquía gobernada por uno de sus hijos, Antipas. La Galilea propiamente dicha fué la parte más renombrada de la Palestina por la fertilidad de su suelo y la variedad de sitios. El territorio de Tyro y de Sidón, la cadena azul del Carmelo, forman su límite al Poniente, la Samaria al Sur; ella se extiende al Norte hasta el Rio Leontés y el Anti-Libano; al Este, ella tiene por confines el alto Jordán, el lago de Genezareth y los territorios de Gadara, de Hippos y de Scythópolis. Todas las bellezas de la naturaleza, están reunidas en ese pequeño rincón de tierra de una superficie de noventa á cien millas cuadradas; tiene sus mesetas elevadas, sus llanuras, sus colinas y sus elevadas montañas, sus gargantas salvajes y sus valles frescos, manantiales sin número, un río sagrado y una pequeña mar interior.

Josefo la llama un gran Jardín de trigo. Bosques de encinas y de pinos cubren sus montañas; los bosques de olivos alternan con los vastos prados y los campos cultivados; numerosas quintas se despliegan en los alrededores del lago, bajo los palmeros y hasta sobre las colinas, en medio de las higueras, de los olivos y de los viñedos. Las grandes rutas comerciales, ligan á las principales ciudades del litoral, Ptolemais, Tyro y Sidón, á Damasco y á la Mesopotamia, atravesando la Galilea y dándole una gran animación.

El viajero que la explora hoy no puede privarse de una tristeza profunda á la vista de su despoblación y de sus ruinas.

La fuerte raza galilea ha desaparecido. La antigua Perea, más allá del Jordán; después Macherous hasta la Pella y Gadara, no es más que una inmensa soledad en donde los Ara-

1 Cf. Antiq., XIII, 2, 3; Bell. Jud., III, 3, 1.

bes, acampados bajo la tienda, apacentan sus ganados, cosechan el trigo y la cebada. La Galilea interior y la Galilea superior están habitadas por los fellahs indolentes, que trabajan, sembrando el fondo de los valles y el flanco de las colinas que las lluvias y los torrentes no han esterilizado. Nada de bosques sobre las montañas, nada de ciudades, nada de fortalezas, nada de monumentos, nada de palacios. Las aldeas no son más que montones de casas cuadradas y miserables, levantadas de ordinario sobre alguna cima ó sobre algún montículo, y agrupados en derredor de la mezquita y de su almenar.

Los manantiales y los arroyos, en vez de fecundar la tierra, la inundan en pantanos que la devastan. El lago de Genezareth está desolado, las ciudades que lo encierran son montones de escombros, sepultados bajo la tierra: Tiberiades, Tarichea, Hippos, Gadara, Gerasa, Julías, Capharnaum, Bethsaida, Magdala, duermen sobre sus riberas hace siglos. Al ver sus restos, ocultos bajo las altas yerbas,—paredes desplomadas, columnas mutiladas, dinteles, puertas destrozadas, ladrillos y vasos en polvo,—se diría que era la osamenta y la ceniza de todo un pueblo anonadado por alguna catástrofe y dejado ahí sin sepultura. Esta naturaleza fecunda, guarda, á pesar del abandono, una sorprendente energía que deja ver lo que la voluntad y el genio del hombre pudieran obtener. El suelo, en la primavera, se cubre de un cespéd vigoroso. Los manantiales brotan por todas partes y hacen brotar en las gargantas que ellos riegan, á lo largo de los arroyos por donde corren, grandes laureles-rosas, espumas de agnocastos, de palmeras, de plátanos y de terebintos gigantescos.

Apenas algunas caravanas atraviesan ese país muerto. Ellas se componen de mercaderes que van de Damasco á San Juan de Acre ó á Jaffa, ó de Beduinos que vienen á vender el trigo y la cebada á las mesetas del Hauran y de la Perea. Se las ve pasar, con sus largas filas de camellos, á través de las colinas y los llanos, turbando apenas el silencio de esta tierra muda y devastada.

Entre las ruinas que las cubren y con las que se tropieza á cada paso, en medio de las pobres aldeas de los fellahs, cuatro ciudades absorben y concentran toda la vida: San Juan de Acre, Safed, Tiberíades y Nazareth; San Juan de Acre, á donde vienen los Arabes á vender sus cereales; Safed y Tiberíades, en donde los Judíos esperan á su Mesías; Nazareth, exaltado de su desprecio secular, y muy iluminado, por los cristianos, con los recuerdos de la Virgen María y del Niño Jesús. He aquí lo que queda de la vitalidad de esta provincia en la que Joséfo contaba, en el primer siglo, quince ciudades fortificadas, más de doscientas aldeas, ó caseríos, y dos ó tres millones de habitantes.¹

Los Galileos eran una raza vigorosa y brava, agrícola y guerrera, hasta turbulenta, y celosa de libertad. Sus abuelos de Zabulón y de Nephtalí tenían una hermosa página en la historia de la conquista del país de Canaan.²

Diez mil, á la voz de Débora, se habían levantado contra el rey Jabino; dominados por ella, ellos habían exterminado su ejército al pie del Thabor y enrojecido con la sangre de sus cadáveres las aguas del Kison. Su bravura cantada por la profetisa había pasado á las venas de los Galileos.

Entre ellos Judas el Gaulonita³ reclutó sus primeros partidarios. El grito de ese revolucionario místico halló eco en el corazón de esos fieros montañeses. El no tuvo trabajo en persuadirles que ellos no debían conocer sino á un solo Señor: Dios, y soportar todos los suplicios más bien que inclinarse ante el yugo pagano. Era un crimen, á los ojos de esos sectarios intratables, inmolar las víctimas ofrecidas por el Senado Romano por la salud de César y del Imperio; ellos veían como un sacrilegio el orar por los príncipes infieles. El celo impetuoso, con el que ellos perseguían la libertad nacional, les valió más tarde,—algunos años después de la muerte de

¹ Vita Joseph., 5, 45.

² Juces., IV, 5, 7^{sig.}

³ Act., V, 37; Antiq., XVIII, 1, 6; XX, 5, 2; Bell. Jud., II, § 1.

Jesús, y en las últimas luchas contra Roma,—el nombre de "Zelotas."

Apesar de sus grandes recuerdos y de su enérgico patriotismo, la Galilea, que no tiene doctores ni escuelas célebres, no obtiene ninguna consideración, en sus tiempos de formalismo y de legalidad religiosa en el que los escribas y maestros tienen todo crédito. Los habitantes de la metrópoli y los Judeanos puros la desdeñan. El Galileo les parece inculto, ignorante, sencillo y rudo; ellos vuelven irrisión su dialecto y su acento.¹

Ese pequeño pueblo valía más que su reputación. La veindad del Gentil, que alteró tan pronto la creencia y la raza de los Samaritanos, no habla lastimado su robusta fidelidad. La Galilea y la Perea, á pesar de los numerosos paganos romanos y syro-fenicios que la habitaban, habían permanecido profundamente judíos. Sólo esto hubo debido inspirar respeto á los Judeanos. El reconocimiento, por lo demás, debía darles la justicia. Desde el reino de los Asmoneanos, los perseguidos de Judá habían siempre hallado un refugio en las montañas y las cavernas inaccesibles de Galilea, é intrépidos defensores en los hijos de esta raza belicosa.

La Providencia venga á los desdeñados y escoge á los que el orgullo humano rechaza. La Galilea y no la Judea es la que verá la inauguración del Reino de Dios; los campesinos, los pescadores de su lago, los aduaneros de sus puertos y de sus caminos, serán los instrumentos de la grande obra.

Cuando Jesús, sustrayéndose al odio y á las amenazas de la autoridad judía, abandonó á Jerusalem y resolvió ir á llevar el Evangelio á Galilea, su fama era esplendente. Su elocuencia y su doctrina, sus milagros, sobre todo, hacían de él un ser extraordinario: él atrajo á la multitud, sorprendió la imaginación, despertó la curiosidad y el entusiasmo.

El se puso á recorrer todo el país, las ciudades y las aldeas,

¹ Cf. Lighthoot, *Hebre hebraïce et talmud*, p. 151. Leipzig, 1684.

á frecuentar las más humildes sinagogas, á la hora y en el día en los que el pueblo se reunía. La reputación que le precedía le valía por todas partes una acogida calurosa. Se acudía en tropel para verle y escucharle. Después de la lectura de la Ley y de los Profetas, el jefe de la asamblea le daba el libro, y, según la costumbre, después de haber leído, en pie, el pasaje indicado, él se sentaba y le comentaba.

La evangelización de la Galilea tiene, en su vida pública, un lugar considerable; ella duró de ocho á nueve meses, desde la fiesta de los Purim del año 29 hasta la fiesta de los Tabernáculos del mismo año. Toda la obra de Jesús,—lo que él llamaba su Reino,—esta obra que debía llenar al mundo, bajo el nombre de Iglesia, ha sido fundada, organizada en esos días rápidos.

El hombre de genio halla la vida muy corta para instruir á los discípulos, afirmar sus instituciones, elevar un Estado, reformar una religión, él tiene necesidad de largos años para realizar sus planes; Jesús se ha contentado con algunos meses. En esta pequeña tetraarquía de Herodes, la parte la más desdénada de la tierra de Israel, él ha revelado lo que él era, se ha apoderado de la conciencia humana en la persona de algunos pobres Galileos de quienes hizo sus Apóstoles, y él inauguró con ellos y en ellos su Reino, que no debía conocer ningún límite, ni el del espacio ni el del tiempo.

La pobreza aparente de los medios está fuera de proporción con la inmensidad de los resultados, y ese contraste forma el mayor enigma de la historia. Este es el signo de Jesús. La crítica independiente se detiene delante de él, y no vacila en hallar ahí el signo de Dios.

El profeta de Galilea le aparece con una fuerza divina y creadora. Todos los nombres humanos de filósofo, de doctor, de legislador, de reformador, y hasta el de profeta, con que le saludó la multitud son insuficientes; bajo la apariencia del Hijo del hombre, él tiene verdaderamente, en este sér, al Hijo de Dios.

Para comprender la potestad de su acción sobre este nuevo medio y los incidentes que señalaron su apostolado, es necesario conocer el estado preciso de la opinión y de la conciencia de los que él venía á evangelizar.

El partido fariseo rígido dominaba en la clase letrada. El afectaba en su enseñanza y sus prácticas, una severidad tanto mayor cuanto la población inferior, mezclada á los numerosos paganos del país, tenía menos celo por las observancias y menos fanatismo contra las costumbres y la religión del extranjero; él dividía la repulsión de las masas por la dominación romana y no se resignaba sino con pena á pagar el tributo anual de César.

La aristocracia era saducea; ella formaba ese partido de los Herodianos que había aceptado como legítimo el reino de los Herodes, á pesar de su origen Idumeo; ella tenía á la vez la fortuna y los honores, ocupaba las grandes funciones administrativas, y, en Galilea como en Judea, ella vivía en la opulencia, desdeñosa del pueblo, amiga de los tetrarcas, hostil á toda iniciativa que amenazaba agitar la conciencia religiosa ó al patriotismo. Una de las funciones más impopulares era la de los colectores generales. Ellos tenían por agentes subalternos á los receptores y á los publicanos ó peajeros, encargados de recoger el dinero del impuesto. En esta clase detestada, las depredaciones y las injusticias eran un vicio reinante. El pueblo, exprimido por el fisco, les odiaba; el Fariseo, escandalizado en su patriotismo, no les perdonaba aliarse á los paganos y hacerse los instrumentos de la servidumbre nacional; él los trataba como parias, les asimilaba á los ladrones y á los sicarios, y no aceptaba su testimonio en justicia. Ellos eran más numerosos que en otra parte, en Galilea, en donde el suelo era fértil, la población muy densa, los caminos más frecuentados, y el tráfico en derredor del lago,—entre las ciudades de

la Galilea, de la Decápolis, de la Trachonítide, de la Iturea y el país de Damasco,—en plena actividad.

Ellos se reclutaban en las clases inferiores, entre aquellos que no vivían según el rigor de los usos fariseos, y que el partido devoto, en el orgullo de su piedad ritual, trataba con el último desprecio, llamándoles con el nombre de impíos y de pecadores, como usureros, ladrones, jugadores, pastorcitos, vendedores de frutos cosechados durante el año sabático, y los divertidores públicos que distraían á la plebe con combates de pájaros.¹

El mayor número, en las aldeas y en las ciudades, cayó bajo el desdén de los Fariseos, que componían una pequeña aristocracia provincial cuyo ascendiente estaba fuera de duda, porque ella personificaba al patriotismo y,—lo que el Oriental y el Judío ponen sobre todo,—la ciencia del Libro sagrado y de los ritos.

Las doctrinas farisaicas y saduceas, que ejercían una acción preponderante, en Jerusalem, sobre la clase media, no penetraba en la masa. El pueblo, en todo país, permanece refractario á las argucias de la ciencia y á las sutilezas de la casuística. Lo que dominó á la multitud en esas provincias, fué el amor ardiente de la patria, la idea del Mesías libertador y, como práctica religiosa, las grandes peregrinaciones á Jerusalem.

Desde algunos meses, la agitación mesiánica provocada por Juan-Bautista era extrema. Los Galileos se habían ido hacia aquel que anunciaba la aproximación de Dios; muchos se habían afiliado á él como discípulos. El encarcelamiento del profeta, lejos de calmar el movimiento, le había comunicado un acrecentamiento de energía. El prisionero de Herodes ceñía, á los ojos del pueblo, la aureola del mártir. La persecución no sofoca la palabra del profeta, él la engrandece y la consagra. Todo ese pueblo á quien ella había hecho estremecer,

¹ Sanhedr., fol. 25, 2.

miraba, esperaba. Esos publicanos y esos pecadores, que habían recibido el bautismo, confesando sus pecados, se preguntaban más que nunca cuándo vendría el Señor, y por qué caminos se le vería aparecer.

Una palabra resume esas esperanzas y esta agitación: "El Reino de Dios está próximo."²

La expresión, traída por Daniel, designa el reino del Mesías, sucediendo á los grandes reinados de la tierra, eclipsándoles por su esplendor y sus beneficios.

La idea que ella traduce, sin precisarla mucho, es todo el genio del pueblo judío, ella le hace vivir, ella es el resorte de su evolución. Ella inspira á los profetas sus más grandes oráculos; no hay uno que no la cante; desde Joel hasta Zacarías y Malaquías,—Oseas, Isaias, Miqueas, Sofonías, Jeremías, Ezequiel, Ageo, Daniel,—todos, durante más de cinco siglos, conservan en el alma de la nación esta esperanza del Reino de Dios y de la edad mesiánica, todos pintan con rasgos deslumbradores y siempre más marcados esta era hacia la cual Jehovah conduce poco á poco á su pueblo y á la humanidad.

Los Apocalipsis³ de los dos siglos que precedan á la venida de Jesús, están llenos. Era un axioma en las escuelas judías que toda oración en la que no se encontraba el recuerdo del Reino de Dios no era una oración.⁴ En el ritual del Templo, el pueblo respondía á las oraciones de los sacerdotes exclamando: "Bendito sea para siempre el nombre de la gloria del Reino de Dios."⁵

Al pasar por los labios de Jesús, esta expresión se propaga y se inflama. Nada es más popular. Cada nación tiene pala-

¹ Mat., III, 2.

² Cf. Joel, II, III; Oseas, XIV; Miqueas, V; Jeremías, XXIII, 4; XXX, XXXI, 31-40; Ezeq., XXXIV, 10-23; Isaias, XXXV, XLII, XLVII, L, LI, LIII, LXI; Ageo, II, 1-9; 18-20; Zacarías, II, III; Mach., III; Daniel, VII.

³ Cf. El Libro de Henoch y el Pequeño Salterio de Salomón.

⁴ Babyl. Beracoth, fol. 40, 2.

⁵ Babyl. Taanith, fol. 16, 2.

bras que, por momentos, ejercen una potestad mágica. Diversamente comprendidas é interpretadas, ellas sirven de grito de reunión; el pensamiento que ellas traducen, está siempre seguro de despertar la atención, de pedir la simpatía y de enardecer las pasiones. ¿De qué depende ese encanto irresistible? Evidentemente de que ellas expresan más ó menos el ideal que, en una época atrae ó apasiona un país, un siglo, toda una civilización.

Para un gran número, esta palabra permaneció en cierta vaguedad. La multitud no precisa y no analiza nada; cuando ella trata de comprender, ella apoca y materializa todo.

Los mejores entre los Judíos, vivían confiando en las grandes promesas de Dios, en su misericordia y su fidelidad; ellos esperaban la obra, pero sin determinarla, de temor de desconocerla.

Fuera de ellos, es fácil ver que dos grandes corrientes llevaban y separaban los espíritus: el uno terrestre y político, el otro legal y religioso. Aquellos á quienes lleva el primero, sueñan, bajo el nombre de Reino de Dios, el restablecimiento del reinado de Israel, la libertad del yugo de los Romanos y un Mesías que será el jefe terrestre de ese reinado. En la sencillez y la impetuosidad de su fe, ellos ven á Jerusalem ya convertida en el centro y la metrópoli de todas las naciones, ellos contemplan á la casa de Jehovah abierta á todos los paganos que han acudido en tropel, para adorar á su Dios y aclamar, en su Mesías, al Rey universal.

Inflamados de esperanzas, ellos se estremecen con el pensamiento de un mundo nuevo, desbordando de alegría y de felicidad,—verdadera edad de oro de la humanidad mesiánica. Es propio de la fe sencilla alimentarse de ilusiones y no tener conciencia del obstáculo. Los Galileos se abandonaban, se entregaban tanto más á esos sueños cuanto que correspondían mejor á su naturaleza independiente y guerrera.

Los que llevan la corriente legal y religiosa ambicionan sobre todo el triunfo de la ley mosaica, tal como los Escribas y

Hassidim, desde Esdras, la habían interpretado. Ellos se resignaban al yugo extranjero, siempre que el Dios de Israel fuese el Dios del universo, y la Thora, el código universal. Esa corriente prevaleció en las escuelas y entre los caudillos del pueblo,—Saduceos, amigos del poder, y Fariseos moderados de la escuela de Hillel.

A medida que los desastres acumulados desanimaran su patriotismo, esta tendencia no hará más que crecer; y ella se formulará en doctrina siempre más neta y más expresa, bajo la pluma de los doctores talmudistas. El Reino de Dios, para los Judíos divididos por las preocupaciones políticas y religiosas no es mas que su propio reino. Todos ponen sus ideas en lugar del pensamiento de Dios, los unos queriendo sujetar el mundo á una nación, los otros pretendiendo encadenar las conciencias á una ley imperfecta; ahora la nación judía estaba destinada á perecer y la ley mosaica á ser completada. Un solo ser ha comprendido y revelado en su plenitud el pensamiento divino resumido en esa palabra: "el Reino de Dios," este es Jesús.

El adoptó esta expresión popular en su apostolado galileo. Ninguna correspondía mejor á sus designios y á su obra, porque ella contenía toda su doctrina, todo su plan; ella es su gloria, su razón de ser, todo su genio.

Ni una palabra, ni un acto de su vida que no se refiera á ella. Si él predica, es para publicar la buena nueva del Reinado y traducir lo que él es; si él enseña á la multitud en la montaña, es para promulgar las leyes; si él habla al pueblo con parábolas, á orillas del lago, es para pintarles con imágenes los misterios del Reinado, su origen, su evolución, sus luchas y sus victorias; si él ora, si él nos enseña á orar, es para pedir que él venga; si él multiplica los milagros, es para establecer que él es el fundador y el maestro; si él elige á los apóstoles, es para perpetuarles después de él y asegurar la propa-

1 Cf. Beracoth, c. 2; Gemara Babyl, fol. 13, 2, f. 15, 1; Zohar Levit, f. 53.

pagación en el seno de la humanidad; si él muere es para vencer con su muerte los obstáculos que impedían el establecimiento; si él derrama el Espíritu de Dios en la conciencia de los que creen en él, es porque la efusión del Espíritu es la esencia misma; si él quiere que se tenga fe en él, es porque él es el centro único en el que el hombre puede tomar el Espíritu quien sólo hace reinar á Dios; si él se transfigura ante algunos de sus discípulos, es para mostrarles lo que llega á ser el sér humano en su Reinado; si él descubre, en discursos proféticos, las perspectivas del porvenir, el fin y el más allá de los tiempos, es para mostrar el esplendor del universo reservado á la raza nueva de los hijos de Dios.

El pensamiento del Maestro no tiene la menor huella de las preocupaciones de su siglo; él está igualmente libre del elemento nacional y político de los futuros Zelotas y del elemento legal y mosaico del Fariseísmo. No se hallará en la historia un solo genio que no haya, en cierto grado, transigido con los errores reinantes y el particularismo de su medio. Jesús escapó á esta inferioridad de los más grandes hombres. Su pensamiento es puro, él tiene los caracteres de lo Verdadero: la universalidad, la eternidad, la inmutabilidad. Por haberle desconocido y falseado casi todos los historiadores modernos se han equivocado respecto á su persona, su obra y su vocación. De todas las ideas que la inteligencia humana siempre ha concebido, ninguna le iguala en altura y en profundidad, en latitud y duración; siempre actual y siempre necesario, él es, á la vez, el más humano y el más divino.

¿Dios no reinaba, pues, en la humanidad, puesto que se hablaba de la aproximación de ese Reino como de una buena nueva? El reino de la materia y de sus leyes, el reino del animal y de sus instintos, el reino del hombre-inteligente y libre, sujeto á la naturaleza, á quien no conoce, á las fuerzas instintivas que él no domina, confundiendo á Dios con la criatura, adorando á la criatura y olvidando á Dios, multiplicándose so-

bre la tierra, entregado á sus errores y á sus vicios, á sus pasiones y á sus miserias, á la esclavitud y á la muerte: he aquí al mundo. En esta noche llena de tinieblas y de enloquecimientos, en medio de todas las razas y de todos los pueblos, de todas las civilizaciones y de todas las religiones, un pueblo, una raza, una civilización, una religión conserva, ciertamente, desde hace veinte siglos, el culto sin mancha del verdadero Dios; pero el Dios terrible que ha dictado al Judío su ley de justicia y de esclavo, no habla ahí sino bosquejado su Reino. El espíritu de temor por el que él encorbó las voluntades, no había logrado invadir á la tierra pervertida. Una gran esperanza brillaba sola en algunas almas, interpretando el voto de la universal miseria: esta fué la esperanza que Jesús iba á colmar.

El tiene la conciencia plena de esta obra, y por esto dijo: " Los tiempos se han cumplido." Los más grandes profetas no pueden sino esperar; uno de ellos ha marcado la hora esperada; pero sólo Jesús,—porque él le posee en él,—es dueño da dar todo lo que la humanidad llama por sus aspiraciones confusas.

Para que ese Reino celestial sea realizado, es preciso desde luego que Dios mismo intervenga personalmente en su obra; ahora esta intervención personal, tan claramente anunciada por los profetas, se cumplió en Jesús, Hijo de Dios é Hijo del hombre, poseyendo á la vez la fuerza de Dios y la fuerza del hombre, en su plenitud; es necesario que el Dios desconocido y despreciado se revele en su verdad y en su voluntad; ahora sólo Jesús, por su unión absoluta con Dios, Jesús, quien sólo conoce al Padre y todos los secretos de su sabiduría infinita, nos trae esta doble revelación; es necesario que el Espíritu mismo de Dios, de quien Cristo ha recibido la unción total, sea comunicado al hombre libre; ahora Jesús es la fuente única de este Espíritu. El hombre animal deberá prestarse á esta comunicación, renunciar á sí mismo, transformarse y crear: Jesús le pide y le da la potestad de cumplirlo. Mas el Reino de

Dios estando destinado á todos los siglos, á todas las naciones, á todas las civilizaciones, Jesús se escogerá los obreros encargados de continuar su acción visible é indefectiblemente, de propagar y de extender el Reino divino: esto es lo que él llama su Iglesia.

Considerado en sus elementos esenciales, el Reino de Dios implica un caudillo, una ley, súbditos. El jefe es Jesús; la Ley, el Espíritu vivo de Dios ó la voluntad del Padre; los súbditos el conjunto de hombres quienes, por la fe, reconocen al jefe, se abren á este Espíritu por el arrepentimiento y aceptan esta voluntad por el amor.

Considerado en su evolución, á ejemplo de todo lo que crece, él abraza tres fases: el principio, el crecimiento laborioso y la consumación. En su faz inicial, él se concentra en Jesús y en sus primeros fieles; en su crecimiento él comprende la jerarquía apostólica y todos los creyentes que le obedecen como depositario de los poderes de Cristo invisible; en su consumación, él representa el término glorioso de la humanidad regenerada en la gloria reservada á los elegidos. Esos tres estados, ligados el uno al otro, proceden el uno del otro: del germen divino que es Cristo sale la Iglesia, creciente como las ramas del árbol gigantesco que debe cubrir al mundo; y la humanidad, plenamente transfigurada por Cristo, sale de la humanidad sufriendo con él, entregada como él á las persecuciones y á la lucha, hasta que el Espíritu de Dios la glorifique en la plenitud de la vida, á ejemplo de Jesús.

El Reino de Dios abraza así la totalidad de los tiempos y de los mundos; él se prepara sobre la tierra, en donde él sufre violencia, pero él llenará el ciclo, en la época marcada por Aquel que conduce todo y que sólo tiene el secreto de su obra y de los tiempos.

Se ve, entónces, cómo ese Reino de Dios es el reino del Espíritu, puesto que es el Espíritu de Dios mismo quien le funda, y que para participar de él el hombre debe renunciar á la carne y renacer en el Espíritu; cómo él no destruye nada,

sino consuma todo, puesto que él comunica al hombre la fuerza y la luz de Dios que acaban todo; cómo él no es de este mundo, puesto que este mundo no contiene sino la materia, la animalidad y la razón,—cosas todas inferiores al Espíritu de Dios; cómo él sufre violencia y no es conquistado sino por la voluntad, porque él hombre esclavizado á la materia, tiene sus instintos y sus vicios, está obligado á transformarse dolorosamente y á renunciar á la materia, á sus pasiones y á sus miserias para entrar ahí; cómo él está dentro del hombre, porque en su alma y en su conciencia es en donde el Espíritu viene á habitar; cómo él es eterno, porque el Espíritu de Dios que le constituye está sobre el tiempo y los siglos, de todo lo que pasa, de todo lo que muere; cómo ninguna potestad prevalecerá contra él, porque en dónde está la fuerza que prevalecerá contra Dios? cómo él será pacífico, porque el Espíritu de Dios es caridad, y en donde reina la caridad, reinan también el orden y la paz. Se ve, en fin, cómo el Reino invisible se realiza socialmente y visiblemente por la Iglesia edificada sobre Jesús para reunir, poco á poco, al medio del mundo y de los siglos, las almas predestinadas, perpetuando su Espíritu, su palabra y su virtud.

El advenimiento del Reino de Dios, tal como Jesús le concibió, no es una cuestión judía, es una cuestión humana. El Evangelio que contiene esta nueva es, desde entonces, el libro de todos; y aquel que la realiza no es solamente el Mesías de los Judíos, él es el Mediador universal. Ese Reino es más que la transformación divina y definitiva de la religión de Israel, él es la Religión misma, en su perfección absoluta.

Con Jesús un Reino nuevo, en el sentido más rigoroso, está verdaderamente inaugurado sobre la tierra,—reino infinito, eterno, que dominará, perfeccionará los reinos anteriores de la materia, de la animalidad y de la humanidad. Sobre la materia, las fuerzas animales y la razón, estará, por lo demás, en actividad incesante, el Espíritu vivo y personal de Dios. El ha tomado posesión de la humanidad en Cristo; él desbordará de

él, para conquistar á todas las almas de buena voluntad, á todas las razas, á todas las civilizaciones; él será el refugio supremo de los pobres, de los aflijidos, de los humildes de este mundo, de aquellos á quienes abruma la realidad presente, que esperan un progreso nuevo en la verdad y en el bien, que tienen hambre y sed de justicia, que quieren vencer al mal y no encuentran en ellos la fuerza para dominarle. Ellos son el mayor número, ellos son la multitud, ellos son la humanidad. Para los otros,—los satisfechos, los dichosos, los violentos que oprimen á los débiles, los soberbios que se complacen en su ciencia limitada, su legalidad y su vana sabiduría, los corrompidos que se lisonjean á sí mismos y que no conocen el tormento de lo Infinito,—para todos estos, el Reino de Dios permanece inaccesible é incomprensible, ellos rodarán en las tinieblas y el dolor, sin fin y sin esperanza.

Este período Galileo de la vida de Jesús es de un interés superior para esos pobres Judíos de la tetraarquía de Antipas. Lo que va á pasar allí repercutirá en todo el universo; las palabras dichas allí serán repetidas en los cuatro confines de la tierra; la obra fundada allí, al rededor del lago de Genezareth, se extenderá por todas las riberas; la ley promulgada sobre la montaña será, no un código pasajero y particularista, sino e código eterno y universal, destinado á regir toda conciencia; los milagros verificados allí serán, más que sencillas curaciones de enfermos y de miserables, señales de la curación invisible de los corazones heridos, de las almas paralíticas, de los espíritus ciegos de que el mundo está lleno; los apóstoles escogidos allí serán la gran Iglesia, ellos se perpetuarán con los siglos, invadirán la tierra y la conquistarán á Cristo.

Para cumplir su obra, Jesús tenía la virtud de Dios que se revelaba humanamente en él, por la sabiduría, la potestad y la bondad. Su sabiduría iluminada, su potestad mandaba á la materia y á los espíritus, su bondad todo lo atraía.

Nada de lo que puede dar á la palabra la eficacia y el prestigio faltaba á la de Jesús.

Los Evangelios que no piensan un instante en la apología de sus héroes, exaltan la acción extraordinaria que ella ejerció. Una palabra entra sin cesar en su narración: "La multitud," refieren ellos, "estaba en la admiración." Aquellos mismos que se enviaban para espiarle, volvían deslumbrados.—Jamás se ha hablado como este hombre, decían ellos á sus jefes.¹

Lo que nosotros llamamos la elocuencia;—el genio de la palabra pública,—en él no es un arte, sino un dón maravilloso del Espíritu. Ningún apóstol, ningún profeta le ha igualado. Ninguno ha tenido como él, el secreto de persuadir y de conmover; ninguno ha hecho entrar en el alma más profundamente las convicciones más fuertes y más sublimes, las virtudes más heroicas, más energía y más amor. Su palabra ha sido una de las palancas con las cuales él ha levantado al mundo. El sabía decir á todos la verdad oportuna. Durante siete meses, él tiene á todo eso pueblo de Galilea bajo el encanto, trayéndole tras de sus pasos, lejos de sus aldeas y de sus ciudades, en la soledad, en las orillas del lago de Tiberiades y sobre sus colinas.

La palabra humana á menudo es vacía, ella no expresa mas que una verdad trivial, imperfecta, que la ignorancia estrecha, que el error algunas veces desfigura y que la pasión exagera. Raras veces, ella se anima con el fuego del espíritu: por esto, su impotencia y su debilidad. La poca vida que ella contiene se agota pronto, como el pensamiento anhelante y la virtud tímida de que ella se inspira. Las más llenas, las más vibrantes, no franquean los límites de un pueblo ó de un siglo; más allá, ellas mueren, semejantes á esos granos delicados que no germinan sino en algunos surcos.

La de Jesús, al revelar toda su alma, encarna el pensamien-

¹ Mat., VII, 28; Marc., VI, 2; Luc., IV, 22, 32, etc.

² Juan, VII, 46.

to y la virtud de Dios. Ella es Espíritu y vida. Ella tiene el origen supremo, el relieve y el brillo, la fuerza y la oportunidad; ella corta y hiere como la espada, ella tiene la punta y el doble filo. Aun cuando ella traiga algunas veces las expresiones de los Profetas, ella no repite, ella rejuvenece las antiguas fórmulas, dándoles un sentido nuevo; ella las acaba y las llena. Ella centellea de inspiración de la plenitud de Dios vivo, y trae con ella al Dios vivo. "El cielo y la tierra pasarán," ha osado decir Jesús. "mis palabras no pasarán."¹ Ellas permanecen en efecto en la conciencia humana, como las estrellas en la noche.

El género humano admira los aforismos recogidos de su boca como la expresión perfecta, ideal de la verdad. ¿Qué oración reemplazará a la suya y osará tener á Dios en otro lenguaje que el "Padre nuestro, que estás en los cielos?" El nos ha dado la fórmula de todas las virtudes heroicas; de la caridad: "Amad hasta vuestros enemigos y haced el bien aun á los que os odian;"² de la humildad: "Hipócrita, tú ves la paja en el ojo del vecino y no ves la viga en tu ojo;"³ de la bondad para con el culpable: "Que el que se halle sin pecado le arroje la primera piedra;"⁴ del perdón á los verdugos: "Padre, perdónales, porque ellos no saben lo que hacen;"⁵ del consuelo y de la fuerza en los dolores: "Venid á mí, todos los que sufrís, y yo os aliviaré."⁶ El ha creado la ciencia de ser dichosos, en esas máximas que parecen un desafío á la sabiduría humana y que nunca han engañado á nadie. "Dichosos los pobres, los dulces, los aflijidos, los que han hambre de justicia, los pacíficos, los peregrinos; porque de ellos es el Reino de los cielos."⁷

¹ Marc., XIII, 30.

² Mateo, V, 44 y sig.

³ Mateo, VII, 3; Luc., VI, 41.

⁴ Juan, VII, 7.

⁵ Luc., XXIII, 34.

⁶ Mateo, XI, 28.

⁷ Mateo, V, 1 y sig.

La palabra de Jesús tiene la energía creadora.

Al expresar la verdad, el hombre no puede sino apeteecer el bien, él no tiene la virtud de producirle. Jesús hacía el bien que él decía; él hablaba como teniendo potestad soberana é irresistible. Con una palabra, él arrojaba y subyugaba á los espíritus malos, curaba á los enfermos, calmaba todo dolor, daba el movimiento á los parálíticos, la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la vida á los muertos. El tenía el dón de transformar el alma. Al acercarse al Profeta, al suplicarle con fe, se estaba seguro de ser escuchado. Los beneficios fluyen de sus manos. No es algún milagro aislado, el que hace salir al Espíritu de quien ha recibido la unción, son torrentes de milagros. Los testimonios son formales. El milagro no es un fenómeno excepcional en la vida de Jesús, es el estado normal, el signo constante de su bondad inagotable, él se produce desde que se le aborda con la confianza y el sentimiento de su miseria.

El Taumaturgo atraía y subyugaba todavía más que el Evangelista. El pueblo es el mismo en todas partes, en Oriente como en Occidente; la potestad le cautiva más que la inteligencia, los hechos brillantes más que las palabras elocuentes, los prodigios más que los discursos. Pero cuando estos dos elementos se reúnen, la acción es irresistible. Nadie antes de Jesús, nadie después de él, ha aparecido sobre la tierra, así armado de la doble fuerza de Dios. Los profetas no tienen más que rayos intermitentes de su luz, y una potestad de copia para las obras excepcionales; Jesús posee como á su bien propio, á la Verdad eterna que ilumina, la potestad infinita á la vida y la muerte, la naturaleza y la humanidad obedecen.

Otro elemento de acción popular en Jesús, es su carácter, la mansedumbre y la bondad. El no halaga al pueblo como los seductores; él le ama. Todo en él está al servicio de su amor. El mira á los pobres, á los pequeños, á los pecadores despreciados. ¡Qué violento contraste con los Fariseos, los doctores,

los jefes de toda orden, sacerdotes, ancianos, escribas, que hacen del desprecio del populacho un precepto y casi una virtud! Ese carácter de Jesús salía de toda su manera de ser, de hablar, y de obrar. Al verle, el pasaje tan conocido de Isaías respecto al servidor de Jehovah, venía á la memoria:—"Hele aquí," dijo el Señor, "yo pondré mi Espíritu sobre él, y él anunciará la justicia á los paganos. El no disputará ni gritará. No se escuchará su voz en las plazas. El no romperá la caña quebrada, él no extinguirá la mecha que humea; él hará triunfar á la justicia, y su nombre será la esperanza de los paganos."

El hombre dotado de algún talento superior, intimida por su misma superioridad; él exhala, á su pesar, yo no sé que espanto. La potestad produce el aislamiento; se la teme, y para no sufrirla, se aleja de ella. Ella amedrenta aun á aquellos á quienes ella se digna inclinarse. Incapaces de inspirar la confianza y la afección, los fuertes se resignan á reinar por el temor.

Jesús escapa á esta ley común. La armonía y la potestad de sus facultades, su dulzura infinita, encantan y atraen á todos los seres débiles, sufrientes, abrumados, desdichados, y, por consecuencia, al pueblo. Nacido el mismo en medio de los pobres, destinado á una vida de mártir, él ejerce la seducción reservada á los hombres que llevan la aureola del sufrimiento.

Su vocación dolorosa estaba sin cesar ante sus ojos: él se sabía y se sentía consagrado al suplicio, este pensamiento tendía sobre todo su ser un velo de tristeza, pero el amor de Dios y de los hombres dominaba todo en él, y la tristeza, mezclándose á su bondad, hacía á ésta más expresiva aun y más seductora.

La evangelización de la Galilea tiene un carácter francamente popular. Jesús, al tomar primero por teatro de su predicación á las sinagogas en donde la multitud se reunía todos

1 Isaías, XLII, y sig.

los sábados, estaba seguro de alcanzar á la población entera. El no procede como Juan, el profeta del desierto, que llamaba así al pueblo; él toma la delantera, él se afirma, él va á donde él está: este es un signo de fuerza y de bondad.

Si Juan, al solo anuncio de la llegada del Reino de Dios, había perturbado á la conciencia judía, ¿qué acción no debió ejercer Jesús, publicando á la multitud de los Galileos que el Reino de Dios había llegado? Sin embargo, esta noticia conmovedora no debía tardar en suscitarse las más graves dificultades. La primera tocaba á la idea misma del Reino anunciado, la segunda al Mesías, fundador de ese Reino. Todo, en la doctrina y la persona de Jesús, chocaba de frente á las preocupaciones del pueblo y de los doctores galileos.

Espérase un reino político. Jesús anuncia un Reino espiritual é interior; espérase que la Ley va á reinar: Jesús profetiza el Reino del Espíritu; quiérese un Mesías armado de la potestad terrestre: Jesús se presenta, sin pretensión humana, sin otra fuerza que la de su Padre, la Sabiduría que enseña la eterna Verdad, la potestad que sana al alma y al cuerpo; suéñase el triunfo del pueblo y de la raza carnal de Abraham sobre todas las naciones: Jesús viene á inaugurar al pueblo y á la raza de los hombres regenerados por el Espíritu; se está persuadido que el título de hijo de Abraham y la fidelidad á la ley de Moisés bastan para ser incorporado á ese nuevo pueblo de Dios; Jesús no pide sino la transformación moral y la fe en su palabra.

Todo estaba contra él. Jamás en Jesús se sorprende ese aire familiar á los políticos de halagar la opinión á fin de apoderarse mejor. El no cuida sino á la debilidad, velando las verdades muy elevadas que el pueblo no podía entender; él domina á los espíritus para conducirlos suavemente á la luz. Pero la fuerza del mismo Dios no podría escapar en la tierra á las resistencias del hombre; Jesús les ha hallado, y por un fracaso es como se inaugurará su apostolado Galileo.

Los documentos evangélicos no precisan las aldeas, los caseríos y las ciudades de Galilea, á donde él vino á anunciar la buena nueva del Reino de Dios. San Lucas, sin embargo, refiere en detalle el viaje que él hizo á Nazareth, en esta época: narración animada que hace revivir una escena de la sinagoga judía, y nos da el primer comentario de Jesús acerca de la naturaleza de su Reinado.

Jesús no había reaparecido en su país, según parece, desde el día en que él le había dejado, yendo al Jordán á recibir el bautismo de Juan. El quizo volver á ver, evangelizar á la ciudad en la que él había crecido ignorado, y consagrarle las primicias de su apostolado galileo.

El día del sábado, fué, según su costumbre, á la sinagoga, en aquella misma que él había visto tantas veces, sentado en silencio, en los últimos lugares, confundido entre sus compatriotas, escuchando la lectura de la Ley, los comentarios de los doctores y de los ancianos. El artesano desconocido reaparece ahí hoy con el nombre de profeta; la curiosidad atrajo sobre de él á todos los ojos. Debíase de estar impaciente en la pequeña ciudad por comprobar todo lo que se decía de él. Los jefes de la sinagoga debían mirarle con cierta arrogancia. La semi-ciencia de esos doctores de provincia les disponía mal á saborear la palabra de un artesano sin letras, quien no habiendo jamás frecuentado las escuelas, no tenía ningún título, y que rompía abiertamente con sus usos.

Después de la recitación de las oraciones acostumbradas y la lectura de los pasajes de la Ley, se hizo á Jesús el honor de leer el fragmento de los profetas. Por orden del presidente, el "Hasan" vino á ofrecerle el rollo sagrado; él le desplegó, y halló el pasaje siguiente del profeta Isafas.

"El Espíritu del Señor, el Eterno, está sobre mí;

"Porque el Eterno me ha ungido para llevar la buena nueva á los desdichados.

"El me ha enviado á curar á los que tienen el corazón destrozado.

"A proclamar á los cautivos la libertad y á los prisioneros la salvación.

"A publicar el año de gracia del Eterno y el día de venganza de nuestro Dios.

"A consolar á los aflijidos, á anunciar á aquellos de Sion, que lloran, que una diadema les será dada en lugar de ceniza, el aceite de alegría en vez del de duelo, un manto de gloria en vez de un espíritu abatido. Se les llamará los terebintos de la justicia, una plantación para la gloria del Eterno."

El dobló el rollo, le entregó al "Hasan," y se sentó. Todos le miraban en silencio. Entonces, él comenzó por decirles: "Lo que acabáis de oír ya se cumplió hoy mismo."

Jesús explica á los Nazarenos que él es aquel sobre quien el Espíritu del Señor ha descendido, que en virtud de esta unción divina, él es el enviado mesiánico, el caudillo del Reino de Dios; y él enseña la naturaleza de ese reino, tal como Isafas le había profetizado.

Semejante pintura no tenía nada que pudiera halagar á las ideas en favor para con los Fariseos y en las escuelas. Los patriotas fanáticos y los celosos de la Ley no encontraron ahí su ideal de convención. Bajo su lenguaje figurado, vanamente se busca una alusión á la futura restauración del Reinado de Israel, á su libertad del yugo romano, á la extensión triunfante de la Ley con la cual se cubría el orgullo de ese pueblo; no se trata sino del amor y de la misericordia infinita del Eterno: he aquí lo que ha producido, en efecto, el Reino esperado; no se trata sino de los pobres, de los humildes, de los encadenados, de los prisioneros, de los afligidos, de los que lloran: he aquí á los elegidos del nuevo Reino. Aquellos están por doquiera, en toda la tierra, como en Israel; porque en todas partes el alma humana sufre, espera y sucumbe bajo las cade-

nas con que el mal le abruma, por todas partes ella llama á Aquel que solo ilumina y consuela, liberta y calma.

Ese portador del buen mensaje á toda conciencia, ese consolador, ese libertador, ¿quién es? El no existe entre los hombres; es preciso que Dios le envíe, y para que él pueda cumplir su obra, es necesario que el Espíritu de Dios esté en él. Por este Espíritu es por el que él hará reinar á Dios y constituir el Reinado destinado á acabar y á coronar la evolución de las cosas.

¡Con qué acento emocionado, qué unción, qué elocuencia, Jesús habla del amor de Dios, de los sufrimientos del alma privada de él; con qué estremecimiento él muestra la alegría reservada á aquellos que acogerán la buena nueva, ceñirán la diadema, serán perfumados con el aceite de la paz, revestirán el manto de alegría y se exaltarán en la justicia, como los terebintos de Dios! Se le puede juzgar por el efecto producido; la aprobación y la admiración fueron unánimes.

Sin embargo, calmado el primer movimiento, una objeción se suscitó por sí misma en un gran número. Al darse Jesús claramente como el Mesías, preguntábase con qué derecho él osaba atribuirse ese título, y se recordaba con desdén su pobre nacimiento:—¿No es éste, se decían, el hijo de José?

La oposición se acentuó; se le debió apremiar con un tono escandalizado para saber sobre qué signos él apoyaba una pretensión tan elevada. La razón imparcial permaneció en calma; pero los espíritus ofendidos en sus ideas preconcebidas no se poseen. El fanatismo reinaba casi en todas partes entre los Judíos, en esta época; les eran precisas las señales, y ellos las exigían de Jesús como justificación de su mesianidad. Jesús las rehusó á los Nazarenos, como él siempre las ha rehusado á los que las piden con ese mismo espíritu de incredulidad. El no las concede sino á los que tienen fe, nunca á los que discuten ágríamente, soberbiamente. Este es un hecho culminante en toda su vida, un rasgo característico de su conducta.

¿Las señales, no se habían ya cumplido en Jerusalem, en Judea, en Capharnaum? ¿Y él no tenía el derecho de invocar el testimonio de ellas, ante sus conciudadanos escandalizados de que el hijo de José se daba como el enviado de Dios?

—“Vosotros me objetáis, evidentemente,” les dijo, “el proverbio: Médico, cúrate á tí mismo. Lo que has hecho “con los otros, hazlo con los tuyos. Todo lo que has cumplido en Capharnaum, manifiéstalo aquí mismo en tu país.”

Jesús permaneció inexorable. Nada ha tenido influencia sobre él, mas que la confianza y el amor; ningún desafío le turba, ninguna exigencia le hace ceder. El es como su Padre: él resiste á los soberbios y á los violentos, él ama á los humildes y á los dulces.

—“En verdad, yo os lo digo,” respondió á los Nazarenos, “vosotros justificáis otro proverbio:” “Ningún profeta halla acogida en su patria.” Dios les envía á quienes le place. Y tomando la historia, añadió: “Ved á Elías, en el día en que él profetizaba, en esos tres años y medio en que el cielo permaneció cerrado y en que la tierra fué presa del hambre, habla muchas viudas en Israel: Ellas no fué enviado á ninguna de ellas, más en Sarepta, país de Sidon, á una pobre mujer viuda.” Y en el tiempo de Elías el profeta, había muchos leprosos en Israel: ninguno fué purificado, ninguno, con excepción de un Syrio, Naaman.”

Jesús deja entrever á sus contradictores una verdad dura. El insinúa, por sus ejemplos, que el Reino de Dios no está encadenado al pueblo de los profetas, que ese pueblo obstinado no le recibirá, que el Mesías será enviado á los paganos, á esos hambrientos y á esos leprosos de quienes son el símbolo la pobre mujer de Sarepta y el Syrio. Nada podía herir más cruelmente al orgullo religioso de los Fariseos y á su falso patriotismo.

1 III Reyes, XVII, 9-24.

2 IV Reyes, V, 9-14.

La enseñanza de Jesús no era, por tanto, sino la de los profetas respecto al Reino de Dios y respecto al mismo Mesías; mas á aquellos á quienes el error cautiva y á quienes la pasión conduce, no quieren ver nada fuera de lo que acaricia á la pasión y halaga al error. La verdad no les alumbra, ella les irrita; ellos no miran más, ellos se ciegan; llevados de la cólera, ellos no tienen otra inspiración que la violencia; ellos anatematizan, ellos excomulgan, ellos lapidan y ellos matan.

Exasperados por las palabras del Profeta que les juzgaba indignos de ser testigos de esas señales, exasperados por su lenguaje respecto á los paganos y al pueblo santo, los Nazarenos se levantaron. Con desprecio de su ley, sin juicio preliminar, sin consejo, ellos le arrojan de la sinagoga, le empujan lejos de su ciudad como á un excomulgado, y en su fanatismo, ellos quieren precipitarle desde lo alto de una roca de la montaña.

¿Cómo escapó Jesús de este alboroto? Una fuerza divina le guardó. El Evangelio le muestra en medio de esos energúmenos, tranquilo y dulce. Ninguno extiende la mano sobre él, todos se apartan, y él pasa. Nadie tiene poder sobre Jesús. El Espíritu que le llena le preserva. El va á donde él le lleva, á través de la humanidad frecuentemente conjurada, pero siempre impotente, si él no se entrega por sí mismo á los golpes.

El dejó á Nazareth, y debió llorar por ella, porque si nada le daba más alegría que la confianza, nada le entristecía más que la incredulidad.

Esta es la suerte de los dulces y de los humildes, el ser despreciados y perseguidos. El tomó, á través de la montaña, el camino del lago, por Caná y el llano de El-Batouf, y se dirigió hacia Capharnaum.

¹ Luc., IV, 30.



CAPITULO II.

JESÚS EN CAPHARNAUM.

El lago de Genezareth, es la joya de la Galilea. No es un zafiro siempre azul; sus aguas se parecen al ópalo de cambiantes reflejos. Las montañas le forman un engaste de hermosa cinceladura. Al Occidente, las alturas grises de Safed, las rocas escarpadas del ouady Hammar, Koroum-Hattin, la cima de Arbel, los montes de Tiberiades; al Oriente, las últimas pendientes todas verdes que descienden, ondulando, del alto país de Gaulan, y que se enderezan algunas veces para caer á pico; al Norte, las colinas de Korazin, y por el otro lado, el gran Hermon, deslumbrante de nieve,—cierran el horizonte por todos lados. Ese círculo inmenso no se entreabre sino al Sur para formar el valle del Jordán y dar paso al río. El cielo del Medio día rodeado por las masas azulosas y vaporosas de los montes de Bercan y de Adjloum, es de una blancura de plata.

Los volcanes han agitado á esas montañas y á esas colinas, como han sacudido las regiones de la mar Muerta. Los trozos